

CHILENOS EN MADRID. CRONISTAS DE LA GUERRA CIVIL
(EDWARDS BELLO, HUIDOBRO, ROMERO Y DÉLANO)

Juana Martínez Gómez
Universidad Complutense. Madrid

La Guerra Civil española fue un acontecimiento que alcanzó una gran dimensión internacional por su significado en aquel momento histórico y por la respuesta comprometida con la que reaccionaron intelectuales de todo el mundo. Los escritores no quedaron al margen de esta respuesta y ya ha sido objeto de estudio la enorme repercusión que tuvo en la literatura universal¹ y, en el caso de Chile, en varios poetas, especialmente en la poesía de Pablo Neruda. Sin embargo, a través de otro género más inmediato, como es la crónica, producto de una escritura de urgencia, se tuvo acceso a un seguimiento pormenorizado y cabal de distintos sucesos de la contienda española. Poetas y narradores como Joaquín Edwards Bello, Vicente Huidobro, Alberto Romero y Luis Enrique Délano escribieron crónicas de la guerra desde perspectivas y experiencias personales muy diversas, y entre todos construyeron un mosaico –si no completo– sincero y auténtico de un hecho histórico nacional vivido hondamente más allá de sus fronteras.

Joaquín Edwards Bello venía publicando crónicas de tema español desde 1934 y en la primavera de 1936 se convirtió en cronista de la Guerra Civil hasta 1938. La particularidad de sus crónicas reside en que no son testimoniales, no están escritas sobre el terreno, sino desde Chile, pero guardan en sus líneas un gran conocimiento de la realidad española, adquirido por su autor en los viajes realizados anteriormente a la Península entre 1909 y 1927.

Vicente Huidobro, por su parte, combina la crónica testimonial con la crónica no vista sino analítica y reflexiva. Él sí vive la experiencia de un Madrid en guerra, un

¹ Consúltese Niall Binns, *La llamada de España: escritores extranjeros en la Guerra Civil*. Barcelona: Montesinos, 2004.

Madrid que ya conocía por viajes anteriores, a partir de 1918. Viaja a España por última vez entre abril y setiembre de 1937, en plena guerra, para asistir a la celebración del II Congreso de Escritores Antifascistas de Valencia como representante chileno.

Al mismo tiempo, y también con motivo del II Congreso de Escritores Antifascistas, llega a España Alberto Romero en su calidad de Vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile, de la que había sido miembro fundador en 1932. A diferencia de Edwards y Huidobro, es la primera vez que viene a España y su estancia se reduce a la brevedad de unos meses, pero observa todo con la mirada de un viajero ávido, que incorpora lo observado a su mundo de la experiencia en una crónica vivida y asumida como un proceso de desarrollo personal.

Si Romero escribe la crónica del recién llegado con los ojos atentos a todo lo nuevo que se le presenta, Luis Enrique Délano escribe la crónica del que se va y guarda en la retina y en el corazón lo recién vivido. Délano vivía en Madrid desde antes de comenzar la guerra, integrado como un madrileño más y es testigo presencial de todos los acontecimientos. Escribe su crónica cargada de nostalgia cuando abandona Madrid rumbo a Chile

Edwards escribe alrededor de cuarenta crónicas entre 1936 y 1938 para el periódico *La Nación* de Chile, sin ser testigo de vista, pero como profundo conocedor de la vida política y cotidiana de los españoles, tal y como había mostrado en crónicas anteriores y en su novela *El chileno en Madrid*². En contraste con las crónicas descriptivas de los escritores que viven y experimentan la guerra, las de Edwards son crónicas analíticas de la situación española. Construidas a partir de los datos extraídos de las noticias que le llegan, más los de su experiencia personal en España, expresa, en última instancia, sus propias convicciones políticas. En realidad, la Guerra Civil le sirve para extenderse en comentarios generales y establecer conexiones con el ámbito internacional. A veces, simplemente capta distintas facetas de personalidades relevantes de la política o el ámbito intelectual que crean el marco dentro del cual se desarrolla la contienda y a través de las cuales se puede arrojar algo de luz sobre el conflicto.

En las crónicas de los primeros meses de la guerra, Edwards hace pronósticos esperanzadores, guiado por sus deseos de concordia, pero después no puede más que reconocer el avance hacia el peor de los desenlaces, y su diagnóstico se hace cada vez más inquietante. Cuando la capital de España es tomada y arrasada por

² Más información sobre la estancia de Joaquín Edwards Bello, en Juana Martínez, "Chilenos en Madrid: Joaquín Edwards Bello" en *Anales de Literatura Chilena* 4 (diciembre 2003): 73-91.

los fascistas escribe la crónica titulada “Destrucción de Madrid”, en la que expresa el dolor por una ciudad vivida por él de manera muy intensa todavía hacía pocos años, que le hace aflorar antiguas emociones y le arranca expresiones de un renovado afecto por ella. A medida que el tiempo pasa, al dolor se añade el horror, como lo traduce en la crónica “La locura de España” de 1937, donde es frecuente la referencia a la muerte atroz y diaria de niños, madres, jóvenes y viejos.

En sus crónicas, Edwards tiende a contrastar su visión y análisis del presente con su experiencia del pasado. Él, que amaba sinceramente Madrid, no puede evitar recordar un pasado feliz, constructivo, prometedor, frente a los horrores del presente. Puede ser que esa nostalgia de un pasado mejor le haga equivocarse en muchas de sus predicciones del futuro en donde parece proyectar más que nada sus deseos, como cuando habla de la imposibilidad de que Franco triunfe, aunque Madrid llegase a ser tomada, o que España podría acabar reforzada tras la guerra como una potencia mediterránea.

Trata de situarse en una perspectiva inequívocamente neutral, como deja dicho de forma nítida en una de sus primeras crónicas. El 24 de julio de 1936 ya afirmaba: “No tomamos posiciones interesadas a uno ni a otro bando”, y poco después insistía: “No somos afiliados ni a derechas ni a izquierdas”. Esa declaración de neutralidad se convierte en una de sus preocupaciones recurrentes, por eso ante indicios de sospecha de inclinación hacia los militares rebeldes aclara:

No faltará un lector que me juzgue partidario de los revoltosos. Nada de eso. Lamento como el más republicano el fracaso de la República. La división sangrienta de España en dos partes juramentadas a muerte...³

Precisamente esta posición equidistante entre los dos bandos en contienda lo separaba enormemente de Huidobro, quien mantuvo una clara actitud no solo de apoyo a la República, sino de rechazo frontal del ejército rebelde. Los comentarios de Huidobro sobre la guerra no son muchos –a veces no se atienen al modo de crónica *strictu sensu*– y se encuentran repartidos entre lo que escribió antes de viajar a España y a partir de octubre de 1937, cuando describe lo visto y vivido en Madrid

³ Joaquín Edwards Bello, *Corresponsal de Guerra. Guerra Civil Española. Segunda Guerra Mundial. Crónicas (1923-1946)*. Selección de Alfonso Calderón. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1981, p. 68.

Desde una visión americana, en su “calidad de criollo”, manifestaba su escepticismo general ante formas políticas europeas: “desprecio el comunismo de esclavos, el fascismo, el nacismo y los frentes populares. No son otra cosa que bolsas de oxígeno en el viejo continente, incapaz de reaccionar hacia el orden, la unidad aduanera, el desarme y la libertad”.

entre abril y setiembre. A ello se añaden algunas declaraciones hechas a través de la prensa o de la radio como resultado de su visita a España. Todos aparecieron entre marzo de 1937 y diciembre de 1938 en dos periódicos chilenos en los que ejercía como corresponsal: *La Opinión* y *Frente popular*. Todos sus comentarios están cargados de un fuerte contenido ideológico, marcado sin duda, y a distancia de Edwards, por su pertenencia durante esos años al Partido Comunista.

El impulso inicial de Huidobro es muy combativo; sostiene la necesidad de anteponer la acción a la palabra, para lo cual hace una llamada a la responsabilidad de los intelectuales chilenos y propugna una gran movilización de todos los pensadores democráticos a favor del pueblo español en la que se implique también al gobierno de Chile, que debería negar “el reconocimiento del los facciosos”. Se manifiesta en contra de la reacción conservadora gubernamental y reclama la actitud de Chile como país de tradición civilista que rechaza las revueltas militares y “el espíritu de los cuartelazos” en pro del mantenimiento de una conciencia democrática y de la consecución de un puesto honorable ante la historia⁴. Él mismo quiso poner en práctica la preponderancia de la acción, y en España se empeñó infructuosamente en enrolarse como soldado, fascinado por el valor del ejército popular:

No he tenido el honor de ser uno de los combatientes de la libertad de España, pero he convivido en muchas ocasiones con sus soldados, los he visto luchar, he constatado su heroísmo que no es una leyenda, aunque pudiera parecerlo por lo extraordinario: he visto los progresos y el desarrollo del ejército popular español, y no puedo ser pesimista. Ni aún para dar gusto a los más amables escépticos.(...) No logré el honor de ser un soldado español. Cada vez que pedí y rogué ser enrolado como comisario en algún regimiento se me respondió más o menos lo mismo. Enrique Lister, el jefe de la II División, cuando le pedí me enrolara como comisario en uno de sus regimientos me respondió: “En el mundo hay pocos poetas y muchos soldados. Tu deber es escribir sobre España”. Cuando me ofrecí a Gustavo Durán, el gran músico, amigo desde años y que es hoy coronel y jefe de una división, me respondió: “Como soldado no. Te ofrezco

⁴ “Los intelectuales chilenos deben obrar, debemos llamar a una vasta concentración de todos los trabajadores intelectuales del país y obrar rápidamente. Los intelectuales debemos mostrar al mundo que si nuestro gobierno claudica y reniega de la democracia, los intelectuales no aceptamos ese reniego ni esa claudicación. Debemos demostrar que aún hay una conciencia democrática en nuestro país, debemos salvar el honor de Chile ante los países civilizados del mundo y ante la historia”. Vicente Huidobro, *Textos inéditos y dispersos*. Recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente A. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1993, p. 215.

en cambio la dirección del periódico de mi división”. Y cuando, por último, acudí a rogar a Álvarez del Vayo me dijo: “Se lo agradezco conmovido, pero Ud. puede sernos más útil haciendo lo que ya ha hecho, hablando por radio a América, a Francia, hablando en el frente a nuestros soldados, escribiendo la verdad sobre nuestra guerra, diciendo por donde pase lo que ha visto y cómo el pueblo español lucha y se defiende contra el fascismo y su brutalidad sanguinaria que Ud. ha podido ver y palpar”⁵.

Estas palabras dejan traslucir la gran implicación de Huidobro en la guerra y su identificación con el pueblo español y también señalan la actitud constante que él mantuvo en sus crónicas, que era la de un gran optimismo. En su idea de que la guerra sería breve y el fascismo quedaría vencido coincide con Edwards, pero ni desde la pretendida neutralidad de aquel, ni desde las sólidas convicciones ideológicas de Huidobro, aciertan ambos, aunque éste último se creía asistido por la razón de su experiencia:

Creo haber visto todo lo más que podía ver y puedo asegurar que mi optimismo es absolutamente objetivo, es sólo la consecuencia lógica, el resultado preciso de lo que he vivido y sentido en medio de ese pueblo admirable

No he tenido el honor de ser uno de los combatientes de la libertad de España, pero he convivido en muchas ocasiones con sus soldados, los he visto luchar, he constatado su heroísmo que no es una leyenda, aunque pudiera parecerlo por lo extraordinario: he visto los progresos y el desarrollo del ejército popular español, y no puedo ser pesimista. Ni aún para dar gusto a los más amables escépticos (220).

Como Edwards, Huidobro también se equivocaba en sus vaticinios; su confianza plena en la fuerza y la eficacia del ejército popular le llevaba a insistir una y otra vez en el triunfo de la España leal con afirmaciones como “Estoy cierto de que no pasarán” o “España será la tumba del fascismo”. El 28 de julio de 1937 (un año después del comienzo de la guerra) declaraba: “El triunfo de la República es seguro y próximo”. Y en setiembre del mismo año todavía aseguraba rotundamente: “El triunfo del gobierno español es indiscutible y una realidad en pocos meses”.

Pese a su constante y declarado optimismo, Huidobro se mostraba preocupado por el porvenir de la cultura y la tradición españolas, convencido de que los fascistas odiaban cualquier expresión de índole cultural. En la crónica titulada “Por los leales y contra los desleales” no duda en llamar a los militares rebeldes “generales

⁵ Vicente Huidobro, “Optimismo”, op. cit., p. 221.

de rapiña”, “bandas sanguinarias”, “esos insaciables”, “tristes fantasmones”, etc., que podrían destruir la cultura española si no fuera porque sabía que el pueblo español, “consciente y despierto”, la defendería, como estaba defendiendo “la verdadera tradición de la raza”, y “el destino y la dignidad del hombre”. Para Huidobro, el pueblo es el que produce los seres excepcionales y de su fuego interno y de sus anhelos y dolores nacen los espíritus superiores. Como prueba de ello nombra a los “gigantes de España” que salieron del pueblo: Cervantes, Lope, Góngora, Calderón, Velázquez, Zurbarán, Murillo, Goya, Victoria (sic), Morales, Picasso, Falla, etc., y expresa su deseo de que no solo él sino los intelectuales chilenos e incluso todos los intelectuales del mundo estén con el pueblo español, para lo que propone unir el esfuerzo de todos los intelectuales chilenos en la creación de un *Comité pro-España*⁶.

La visión de un Madrid bombardeado por los obuses impresionó los ojos y el alma de Huidobro, hasta el punto de considerarla una ciudad heroica, un lugar épico digno de admiración y de ser cantado por los poetas y le arrancó descripciones que transcribían el horror de la destrucción y la muerte con los mejores aciertos de su pluma de poeta.

En ciertos barrios, las calles ofrecen visiones extrañas, como de una película increíble. Sería interminable describir estas visiones. Puertas que se abren sobre el vacío, ventanas de vértigo en medio del espacio, sostenidas por hilos invisibles, escalas dantescas que suben a las cimas inesperadas y parecen llevar las almas a la región de los grandes vientos. Hay por allí un muro en ruinas, en el cual se ve, a la altura del cuarto o quinto piso, un sombrero de mujer colgado de una percha. Es algo tan patético que uno queda estupefacto frente a la casa destruida, llena de emociones, llena de muerte y con un recuerdo de la vida aferrado a las paredes (222).

A su vuelta a Chile, Huidobro continuó su apoyo a la República y mantuvo hasta finales de 1938 una actitud muy optimista sobre el desenlace de la contienda.

⁶ “Es lo menos que podemos hacer por ese magnífico pueblo español, ese pueblo mártir, doloroso, ensangrentado, pero más fuerte y más grande que nunca en su epopeya, defendiendo el futuro humano en el más alto promontorio de la historia actual.

Allí rodeado de rayos y relámpagos como el enorme profeta del porvenir, gritando: ¡No pasarán!

¿Quién de nosotros no se siente hoy orgulloso de su raza?

¿Quién pretende escurrirse en las sombras en vez de aportar su pequeño grano de esfuerzo al pueblo raíz, al pueblo paterno, en su batalla histórica?” Vicente Huidobro (217).

A partir de enero de 1939, no volvió a escribir sobre la Guerra Civil y centró sus miras en la situación internacional, en la que se preparaba la segunda guerra mundial. Lo último que escribió, ya impotente, fue una petición a Roosevelt para que ayudase a España. Sus argumentos, escritos desde la voz de un poeta “que escucha el corazón de millones de hombres, sus esperanzas y también sus lágrimas” con reminiscencias de un poema escrito treinta años antes por otro poeta a otro presidente Roosevelt, aluden a la solidaridad de la “América ibera que sufre con España”. El poeta trata de llegar a la conciencia de Roosevelt recordándole que si la América del sur es hija de España “tu América lo es como la nuestra. España te arrancó del misterio y te dio al mundo igual que a nuestras tierras”. Esto, unido a la diferencia potencial entre ambas Américas le animan a solicitar su apoyo: “Los Estados Unidos son potentes y grandes. Nosotros grandes, pero aún somos débiles. Por eso nuestra voz se alza hacia ti”. El argumento último y definitivo de su petición se basaba en el papel primordial de Roosevelt en la lucha internacional contra el fascismo:

No defraudes a los pueblos que te miran y te aplauden. Te has erguido gigante frente al fascismo y tu actitud de padre y guía no puede ser únicamente un gesto.

Presidente, ayuda a España.

Darás ejemplo al mundo, despertarás a los cobardes, reforzarás a los débiles, señalarás la ruta a este planeta que se pierde en las sombras⁷.

El gobierno de la República española le concedió en diciembre de 1938 el Premio *España* por su labor literaria en defensa de la España leal. El monto del premio lo donó a los niños con las siguientes palabras:

profundamente agradecido por el honor que me hace la república española al acordarme el premio *España*, pido que esas veinticinco mil pesetas del premio vayan a ayudar a los niños españoles, a los hijos del heroico pueblo que tanto admiro y tanto amo.() Así ese pueblo me otorga un doble honor: el del premio que me ha concedido y el más grande de todos, el honor de poder ayudar a los niños de España leal (229).

De la misma actualidad que las crónicas periodísticas de Edwards y Huidobro son los dos libros que se publican sobre la guerra y durante la guerra. El primero es

⁷ Vicente Huidobro, “Carta a Roosevelt” (231).

Sería interesante comparar esta carta a Franklin Delano Roosevelt con el poema de Rubén Darío a Theodore Roosevelt, “A Roosevelt” (1905), que claramente Huidobro tiene presente.

de 1937, publicado por Luis Enrique Délano con el título de *Cuatro meses de guerra civil en Madrid* (Santiago de Chile, Editorial Panorama), y el segundo, de 1938, de Alberto Romero, *España está un poco mal* (Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1938)⁸.

Alberto Romero se acerca a la guerra española lentamente, desde fuera; su objetivo primero en España era la asistencia al Congreso de Escritores Antifascistas de Valencia, pero los acontecimientos de la guerra, el asedio y la resistencia de Madrid cobraban una papel tan relevante que terminaron por modificar el sentido inicial de su viaje, añadiéndole “contornos densos e inquietantes”.

Entra en conexión con la situación española desde el barco en el que parte de América, donde viaja con otros intelectuales hispanoamericanos que acuden al congreso. Entre ellos, los argentinos Pablo Rojas Paz y Amparo Mom, a quien esperaba su marido Raúl González Tuñón en París. Después de veinte días de travesía, en una escala en Lisboa, se incorpora al barco Gabriela Mistral que viaja a París con la puertorriqueña Margot Arce para representar a Chile en el Congreso del PEN Club. Al superar la Península por el golfo de Vizcaya, Romero tiene la primera impresión de lo que de momento era solo una “España hecha presentimiento”.

En París, donde los reciben Delia del Carril, Neruda, González Tuñón y Max Aub, se produce una nueva toma de contacto con el mundo español, a través de la colonia española e hispanoamericana que allí se encontraba: Rosa Chacel, Alejo Carpentier, Félix Pita Rodríguez, César Vallejo, José Bergamín, Corpus Barga, Díez-Canedo, etc. Algunos de ellos se encontraban en París para asistir al XV Congreso Internacional de la Federación de PEN Clubs y allí empezaron a debatirse problemas sobre los derechos humanos y sobre el papel de la literatura y su relación con la política y las ideologías como antesala del Congreso de Valencia. Las noticias de la guerra en España iban preparando los ánimos de Alberto Romero antes de partir de París:

Barcelona, Valencia, Madrid.

¡Madrid! El corazón late con violencia; late henchido de presentimientos, de goce, de angustia⁹.

Al inicial predominio de la actividad intelectual desarrollada en París le sigue el crecimiento paulatino de las emociones y, a medida que se acerca al escenario de la

⁸ Agradezco al profesor Niall Binns el haberme proporcionado noticias de este autor, así como su obra y la de Huidobro aquí mencionadas.

⁹ Alberto Romero, *España está un poco mal*, Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1938, p. 73.

guerra, estas emociones terminan por imponerse hasta cuestionarse el objetivo que le lleva a España y hacerle dudar sobre el sentido de su acción futura: “¿Podremos hablar en Madrid de la Creación literaria o nos limitaremos a poner el corazón sobre ese corazón lleno de sangre y de vida?” (73)

Romero nunca pierde la conciencia de estar de paso, de ser un viajero que llega de afuera y observa, sabiéndose distinto y otro. Pero lo observa todo con ansia de absorber lo desconocido e incorporarlo a su experiencia para poder formar parte consciente de esa realidad en la que ingresa; de ahí que trate de asimilar y comprender todo lo que va descubriendo: desde la jerga de la guerra con la que se comunican los españoles¹⁰ al paisaje de destrucción que le rodea¹¹ y, sobre todo, a la generosidad y la hospitalidad con que lo acoge el pueblo español.

Desde su salida de Valencia en viaje hacia Madrid, el ambiente de guerra se le va imponiendo inexorablemente. El aire y todo le parece “empapado de sugerencias, de vitalidad” que le invitan a ver y oír el estremecimiento y el alboroto humanos. Los primeros indicios del dolor hiriente provocado por la situación de catástrofe y muerte se le hacen patentes antes de llegar a la capital española. Pero el punto álgido de la guerra está en Madrid y lo que antes para Romero eran presentimientos y sugerencias, ahora son certezas.

En Madrid, todos los escritores que llegan del Congreso de Valencia son bien recibidos. María Teresa León, con su bondad y su espíritu práctico, los distribuye por casas y habitaciones, y Alberto Romero se queda sorprendido de su alegría, de su amabilidad y de la tranquilidad con que ella vela por el bienestar de sus huéspedes. Le desconcierta, e incluso le desilusiona, la calma, la despreocupación con la que parece vivir el pueblo madrileño en una ciudad en la que todo sigue funcionando¹²,

¹⁰ “Jerga de la guerra estereotipada en el buen humor español, aprendo la palabra “tomate”, que en el diccionario de la guerra significa obús.

Y en la falda cerrera ha habido siembra de tomates.

[...], un compañero que ha hecho vigilia de armas en uno de los frentes de Madrid, comenta:

–Ya tienes la guerra a la vista; mira que lindo “tomate” –y dibuja con el índice la huella que ha dejado en la tierra el obús cuya trayectoria no es difícil de reconstruir, observando en lo alto del cerro una iglesia cuya torre se tambalea, abierta en oscuros jirones...” (86-87).

¹¹ Como a Huidobro, las visiones de la destrucción le arrancan a Romero imágenes poéticas de gran eficacia: “los escombros oscurecidos de la muerte desparramados en un montón confuso”, op. cit., p. 93.

¹² “El madrileño es fatalista y valiente y ha hecho un cálculo de probabilidades, frío como el que pudiera hacerse el actuario de una compañía de seguros para confeccionar sus tablas, trágico y sarcástico como la reflexión de un humorista:

pero al poco comprueba que “morir con la risa en los labios, saber morir, es arte del pueblo y Madrid lo practica”.

Pronto descubre que el clima soterrado de Madrid es el miedo al que los madrileños tratan de vencer en cada instante del día, y entonces toma clara conciencia de que está en la guerra: la oscuridad, los bombardeos, las bandadas de aviones, el fuego de artillería, las detonaciones sordas y lejanas, todo pone en evidencia las tensiones cotidianas entre la vida y la muerte. Algunas descripciones de la ciudad traslucen la destrucción y el dolor de la guerra:

Al paso del coche van saliendo de una en una esas casas rebanadas de alto abajo por el tajo certero de las bombas. Labios de hollín, palpitations que se apagaron en un volar de astillas, algo ha quedado arriba prendido a los tabiques tambaleantes, y ese algo tiene el dolor de las cosas humildes, de la vida humilde que mira a la calle y no comprende lo que ha pasado. Conjunto de pequeñas cosas, entreveo un retrato familiar, allá un paisajito en tricromía, el espejo donde se miraba la niña de la casa, el lavabo, un lecho y una silla solitaria. Y surgen jaulas sin pájaros, macetas sin flores, cunas sin niños y las pupilas se llenan con toda esa intimidad inocente y buena que se estremece en las alcobas y sigue mirando hacia la calle sin comprender lo que pasó (167).

Romero se deja invadir por el ambiente de guerra que se respira en Madrid y experimenta sensaciones únicas que le incitan a reflexionar sobre su propia interioridad. Y en ese punto de encuentro del hombre consigo mismo, las fronteras entre vida y literatura se difuminan y la escritura de Romero empieza a divagar, a organizarse, según nos aclara la Academia, “sin concierto, sin propósito fijo o determinado”. La suya se convierte en una escritura confundida con el ambiente cuando dice:

Divaga Madrid, divaga la noche sobresaltada por la metralla. Divagan las voces inaudibles al oído de los que viven en los estaciones de los metros; divagan los que duermen bajo tierra, divaga el cañón y yo no hago sino aplicar el oído a esta divagación misteriosa (63).

En esa hora de divagaciones tan rica en experiencia humana, Romero pudo encontrarse a sí mismo como culminación de su viaje. Un viaje interior y exterior que, en última instancia, es la esencia de su crónica.

-Un obús mata a cinco o a treinta personas –se dice– y en Madrid viven quinientas mil, y mientras no me toque puedo quedar entre los afortunados (157-158).

La crónica de Délano atañe, sin embargo, al desarrollo de su vida cotidiana en Madrid. Residió en la capital española desde 1934¹³ y vivió intensamente los cuatro primeros meses de la guerra, hasta que partió de vuelta a Chile. Los tres años de Délano en Madrid habían sido de una integración total en la vida madrileña, de manera que conocía muy bien, desde dentro, el ambiente y todo el proceso vivido y sufrido en España. Escribió su crónica en el barco que lo llevaba a Chile, donde decidió fijar sus vivencias recientes en un testimonio directo.

Los últimos cuatro meses de la estancia madrileña de Délano coincidieron con el comienzo de la Guerra Civil, y los dieciocho últimos días, con los desórdenes de una ciudad sitiada. De esta experiencia madrileña dan cuenta dos libros. El primero se publicó de inmediato a su regreso a Santiago, con el título de *Cuatro meses de guerra civil en Madrid*¹⁴ y el segundo, un libro de memorias, escrito treinta años más tarde con la distancia y la madurez de los años, *Sobre todo Madrid*¹⁵, se puede leer como complemento y contrapunto del primero.

Cuando Délano llegó a Madrid, Gabriela Mistral ejercía de “consulesa” en la embajada de Chile; ella lo acogió muy cordialmente y le ayudó a resolver sus primeros problemas¹⁶. Comenzó entonces una profunda amistad entre ellos, que determinó a Gabriela Mistral a llevárselos, a él y a su mujer, Lola Falcón, a vivir a su casa para compartir con ellos las tareas privadas y las del consulado¹⁷. En estos años, en

¹³ Había llegado a España en 1934, con una beca para estudiar en la Universidad de Madrid; tenía 27 años. A pesar de su juventud ya había publicado en Chile cinco libros y, aunque se había estrenado en el campo de la literatura como poeta, empezaba a despuntar más bien como narrador, dentro de la tendencia que los chilenos llamaban “imaginismo”, queriendo diferenciarse del “criollismo”. Al mismo tiempo, había fundado y dirigido algunas revistas, y trabajaba sobre todo como periodista y en virtud de esa condición postuló a una beca de las que concedía la República Española. Aunque tuvo que competir en su país con escritores consagrados como Marta Brunet, que en esos días era directora de una revista de la prestigiosa editorial Zig-Zag y con una personalidad en el ámbito cultural y político como Eleazar Vergara, él fue el ganador del concurso.

¹⁴ Luis Enrique Délano, *Cuatro meses de guerra civil en Madrid*. s. l. Ed. Panorama, 1937.

¹⁵ Luis Enrique Délano, *Sobre todo Madrid*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969.

¹⁶ Venía a estudiar periodismo, y por entonces esos estudios no estaban aún reglamentados académicamente. Ella le aconsejó que se matriculara en la Facultad de Filosofía y Letras donde podría cursar materias útiles para la profesión periodística, como Historia del Arte, Historia de la Cultura y Literatura Española.

¹⁷ Gabriela era asistida en su vida privada por su querida amiga Palma Guillén. Cuando el gobierno mexicano le ofreció el cargo de Ministro en Colombia, el matrimonio Délano fue a suplir las labores que Palma Guillén realizaba en casa de Gabriela Mistral.

los que aún reinaba la calma en Madrid, al tiempo que estudiaba y atendía a los trabajos del consulado, Délano, por mediación de Guillermo de Torre, empezó a colaborar con artículos sobre Chile en un periódico recién creado, *Diario de Madrid*^{18 [20]}, sin dejar de escribir poemas, cuentos y una novela: *En la ciudad de los Césares*.

Fue una época de absorción de la literatura española a través de las lecturas dirigidas por sus profesores de la Universidad (Andrés Ovejero, Ballesteros y Pedro Salinas) y del contacto personal con escritores españoles (Juan Ramón Jiménez, Miguel Unamuno, Saturnino Calleja, Manuel Azaña, etc.) e hispanoamericanos que vivían entonces en Madrid o estaban de paso (Victoria Ocampo, Lidia Cabrera, Teresa de la Parra, Rómulo Gallegos, César Falcón, Pedro Prado, etc.). A algunos los conoció en la casa de Gabriela Mistral y a otros en las tertulias literarias a donde él acudía “muy de tarde en tarde”¹⁹.

Otros intereses venían a colmar los días de Délano en Madrid, y uno primordial desde el principio fue el de encontrarse con su maestro en el “imaginismo” chileno, Augusto D’Halmar. Su primera cita transcurrió en la Taberna de Calatrava, donde el autor de *Pasión y muerte del cura Deusto*, que presidía una mesa y “llevaba la batuta, hablando con su españolizado acento, algo teatral”, lo abrazó fraternalmente “con su cuerpo atlético y casi juvenil”. A partir de aquí, en casa de uno y otro o en algún café, se sucedieron varios encuentros en los que fue creciendo la admiración de Délano hacia su maestro. El joven le entregó algunos originales, que suscitaron útiles consejos del maestro, y D’Halmar correspondió con la lectura de inéditos que impresionaron vivamente a Délano, sobre todo, por la capacidad de comunicación de su lectura: “Tenía algo de magia en la voz, en el tono, algo atractivo, como un viejo actor español que fuera experto en el arte de la declamación”. Pero más allá de su relación literaria, Délano valoraba el carácter acogedor y cordial de D’Halmar, que lo introdujo en algunas “delicias españolas” y le dedicó varios ratos de conversación en los primeros momentos de soledad, no sin sorprenderle el cambio que se había operado en el

¹⁸ “Creo que lo dirigía Corpus Barga y contaba con muy buenas plumas españolas, incluida la de Ramón Gómez de la Serna. Me pagaban treinta y tres pesetas, la tarifa corriente, por artículo. Guillermo de Torre casado con Norah Borges, pintora argentina de ángeles y niños, frecuentaba mucho a Gabriela. Hablaba abundantemente de literatura” (*Sobre todo Madrid*, pág. 38).

¹⁹ “La ‘Cervecería de Correos’ donde a diario se veía a Lorca y sus amigos; la ‘Ballena alegre’, la taberna de Pascual, en la calle Luna, y más tarde, cuando llegó Pablo Neruda, los sitios donde nuestro poeta estableció la sede de su influencia”, op. cit., pág. 33.

“Almirante”, nieto de navegantes escandinavos, de viajero tenaz, en madrileño más o menos sedentario²⁰.

Gabriela Mistral siempre tuvo una gran estima por Luis Enrique Délano, por eso no es extraño que antes de despedirse de él rumbo a Lisboa, escribiese un artículo –de esos que ella llamaba “Recados” con los que colaboraba en *El Mercurio* de Chile– en el que dejó constancia de la gran consideración que sentía por el joven escritor:

... lo traje a trabajar a mi lado en una oficina de emigrantes, poniéndole a prueba las cualidades que le apunté de anticipado. La convivialidad, que tanto relaja el aprecio, por su temible condición de agrimensura cotidiana, y por allí de volteadura del ser, no me ha derribado ni cuarteado la arquitectura de la amistad. El chileno Luis Enrique Délano trabaja para mí como el hombre de mar que él ama, sin remilgos ni monerías y en el trabajo vulgar que es el nuestro, el cual no consiente la fantasía y la castiga bastante. El hombre Délano, de veintiocho años, sabe tratar a su prójimo lejos de la vanidad empalagosa de sus años, en el que todavía hay azúcares de adolescencia. El escritor aprovecha su España circunstancial, lee bastante, observa más, escoge el curso literario mejor, y justiprecia a sus compañeros al revés de la mocería que no quiere aceptar criatura valiosa anterior a ella, copa de plata que viene a romper la vajilla entera...²¹

Cuando Pablo Neruda sustituyó a Gabriela Mistral en su cargo de la embajada chilena, pidió de inmediato el nombramiento oficial para Luis Enrique Délano, a fin de que continuase con las mismas funciones que antes ejercía. Como el poeta trasladó el consulado a su casa de las Flores en la calle Hilarión Eslava, Délano decidió mudarse al barrio de Argüelles para estar más cerca de él. En estos meses anteriores a la guerra siguió conociendo a artistas y escritores –sobre todo a componentes de la generación del 27– en la casa de Neruda y también en la de Carlos Morla Lynch²², primer consejero de la embajada. Con Neruda acudió por primera vez al santuario literario de Gómez de la Serna, el café de Pombo, de donde salió decepcionado de la

²⁰ “Pero para mí fue sorprendente (¿quizás decepcionante?) hallarlo transformado en un mediterráneo amante de Castilla, la tierra de las colinas desnudas”, op. cit., pág. 23.

²¹ Gabriela Mistral, “Recado sobre el mar y sobre un contador del mar”, *El Mercurio* (Santiago de Chile, 8 de septiembre de 1935). Reproducido en Luis Enrique Délano, *Aprendiz de escritor*, Santiago: Ed. Pluma y Papel, s.f., pág. 138.

²² Sobre Alberti y Lorca dice: “Ya había conocido a estos dos poetas. La casa de los Alberti que vivían en un ático, cerca del Parque del Oeste, nos llevaron una tarde Bebé Morla y Delia del Carril [...] A Federico García Lorca lo conocí una noche en casa de Carlos Morla y lo encontré más tarde en el estudio del arquitecto Luis Lacasa, donde me llevó el

tertulia y de su pontífice, aunque le había admirado “como a una de las grandes plumas españolas del siglo”²³.

Mientras continuaba sus clases en la Universidad y escribía colaboraciones en distintos periódicos, llegó a conocer a la perfección la respiración de la capital de España y, al tiempo, se ponía en marcha un proceso de identificación con el mundo que lo rodeaba, que le llevaría a implicarse como un español más en los sucesos que se producirían poco después.

A comienzos de 1936, Luis Enrique Délano vivió un momento de gran entusiasmo vital al que contribuyeron dos acontecimientos de índole muy diversa: el triunfo del Frente Popular, el 16 de febrero, y el nacimiento, en abril, de su hijo Poli. El Frente Popular había significado para el chileno un cambio radical en su vida madrileña tras el bienio negro, cambio que compartía con muchos españoles, porque, como él decía, “por la fuerza de la cordialidad y la identidad en la vida” empezaba a sentirse “un poco español”. Sin embargo, el Frente Popular duró poco: la sublevación militar ocurrió el 18 de julio, y a hasta esa fecha solo habían pasado cinco meses, que para Délano fueron vividos como “cinco meses de vida intensa, de euforia ciudadana, de apresurada reforma, de modos agitados de existencia”.

Vivió los primeros días de la guerra observando con inquietud la metamorfosis que se operaba en toda España, “que no era un movimiento improvisado sino fruto de una basta preparación”. Los registros domiciliarios, las incautaciones, las identificaciones continuas, los “paqueos”, el pueblo armado, etc., condujeron a dar

pintor Maroto [...] Había de volver a verlo algunas veces”. En *Sobre todo Madrid*, ed. cit., págs. 29-30.

Véase también: Carlos Morla Lynch, *En España con Federico García Lorca (Páginas de un diario íntimo 1928-1936)* Madrid: Aguilar, 1958.

²³ “Yo fui de los más entusiastas. Cuando llegamos al café, a pocos metros de la Puerta del Sol, uno de los de vieja tradición madrileña, la gran mesa reservada en una habitación especial a los contertulios estaba llena de toda clase de gentes que bebían cerveza o café. Alumbrada por lámparas de gas, pues RAMÓN no permitía que se instalara la luz eléctrica, la habitación era penumbrosa, pero alcanzaba a verse parte de un enorme cuadro de Gutiérrez Solana en el que se distinguían a RAMÓN, a Bergamín, y otros parroquianos de Pombo. Nos acomodamos como pudimos, Pablo, Cotapos, Delia del Carril, Isaías y yo. RAMÓN pontificaba, teniendo a su lado a un anciano tocado de birrete de corte entre clásico y funcionario. Pregunté a un vecino de mesa quién era y me respondió que era el traductor al español de Anatole France, don Luis Contreras. En esas veladas, Gómez de la Serna acostumbraba burlarse un poco de ciertos asistentes a la tertulia y esa noche las había tomado con unos centroamericanos. No sé quienes eran...”. *Sobre todo Madrid*, págs. 74-75.

un giro radical en la vida cotidiana de los madrileños a partir del 18 de julio, y Luis Enrique Délano no quedó ajeno a ese cambio²⁴.

Todo lo que sucedió entre el 18 de julio y noviembre de 1936 es lo que Délano va a relatar en su libro escrito en alta mar, *Cuatro meses de guerra civil en Madrid*. En el prólogo proporciona distintas claves del texto en el que el lector se sumerge. Ahí toma en consideración la ausencia de datos fidedignos y el alejamiento de la verdad de gran parte de la prensa mundial que, según él, pecaba “de exageración, de ingenuidad o de falsedad deliberada”, y ante esa deficiencia informativa, él se propuso utilizar su experiencia privilegiada de testigo presencial al servicio de la crónica para subsanar con la verdad las noticias deformadas: “Estas crónicas mías aspiran no a servir de desmentido, pero sí a descubrir, de un modo periodístico, la verdad de muchos hechos que he presenciado, que he vivido como un habitante más en Madrid”²⁵. También muestra su preocupación por no dejar ninguna duda acerca de su posición ideológica y advierte:

No encontrará el lector—no se lo espere!—ni tan solo la sombra de una adhesión a la mala causa de los generales facciosos. Si esperaba esto es mejor que no penetre en las páginas que seguirán. Hallará, en cambio, la simpatía de un escritor libre a la justicia que representa la gesta del pueblo español agrupado en torno de su legítimo gobierno (6).

Esta actitud de adhesión a la República constituye un rasgo recurrente y esencial del libro, donde también ocupa un lugar destacado el apoyo general de los intelectuales del mundo a la misma causa, agrupados en la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, presidida por José Bergamín. A este movimiento de solidaridad internacional ya se le han dedicado muchas páginas, pero en la crónica de Délano aparecen datos de gran interés vinculados a su propia experiencia²⁶.

²⁴ “Eso que se veía venir comenzó el 18 de julio. En los diarios de la tarde se hablaba sólo de una sublevación militar en África, a una de cuyas guarniciones el Gobierno del Frente Popular había trasladado al general Franco. Esa misma tarde deben haber comenzado a repartir armas al pueblo, porque en la noche, cuando íbamos Pablo, Cotapos, y yo en un taxi, nos detuvieron frente a una organización proletaria algunos obreros armados de fusiles y pistolas. Nos identificamos y seguimos. Al día siguiente, en donde uno se hallara debía mostrar sus documentos a jóvenes y muchachas de los partidos políticos” (97).

²⁵ Luis Enrique Délano, *Cuatro meses de guerra civil en Madrid*, p. 6.

²⁶ Él registra, entre las organizaciones de apoyo a la República y de colaboración con la Alianza de Intelectuales y la Juventud de Izquierda Republicana, una asociación de estudiantes hispanoamericanos, identificada por las siglas FUHA: Federación de Universitarios

Anticipada la perspectiva ideológica desde la que escribe Luis Enrique Délano, el lector se adentra en una escritura regida por dos principios rectores que constituyen la esencia de esta crónica: la inmediatez y la subjetividad. Como escrita, casi, sobre el terreno, la crónica tiene la frescura de la primicia que el tiempo no ha logrado debilitar. Mantiene vivos pequeños detalles, incidentes secundarios, percepciones o preocupaciones del día a día, imposibles de reconstruir si no fuera por la cercanía de la escritura. Hoy, la noticia del primer avión que sobrevoló Madrid o del primer bombardeo que cayó sobre la capital se lee con la misma emoción que entonces: refleja la angustia y la incertidumbre del momento; describe los pormenores de lo vivido y lo anotado en el instante, con la conciencia de quien sabe que no debe omitir nada aunque corra el peligro de que lo dicho pueda parecer pura literatura:

El primer avión que voló sobre Madrid vino de noche, a las tres o las tres y media de la madrugada. Nuestros nervios estaban tensos y muy pocas personas siguieron sumidas en el clima del sueño. El motor cortaba el aire con su clásico runrún, que en la negra noche, en el pozo de sombra de la noche, tomaba trágicas resonancias. Se escucharon bombas distantes. En todas las ventanas rostros soñolientos investigaban hacia el cielo. Era una lejana luz roja arrojando un vómito de muerte sobre los campos de Madrid (32)²⁷.

Hispano Americanos. Con motivo de un mitin celebrado en Cuenca el 12 de octubre de 1936, en conmemoración del Día de la Raza, él, que no pertenecía a tal asociación, fue invitado y acudió acompañado por Bergamín, Neruda y Andrés Iduarte. Allí habló Bergamín, y Neruda leyó su “Canto a las madres de los milicianos muertos”. Había abierto el acto el presidente de la FUHA, un estudiante peruano, que quiso poner de manifiesto un nuevo concepto de hispanoamericanismo, lejano del oficial “viejo y manoseado”, y que Délano parecía compartir, elaborado en función de la solidaridad con el pueblo republicano.

²⁷ De las mismas características es la siguiente descripción del primer bombardeo sobre Madrid: “El primer bombardeo cruel y deliberado, tuvo lugar un día viernes por la tarde. Los aviones buscaron las colas más numerosas y sobre ellas lanzaron toneladas de metralla. Otros aviadores se elevaban a gran altura, donde no podían ser alcanzados por los cañones antiaéreos y dejaban caer las bombas, sin importarles el sitio donde fueran a explotar. Una bomba cayó sobre una guardería infantil, matando a varios niños. Las otras habían explotado en la calle de Preciados, otra en Fuencarral y una tercera en la calle de la Luna. De las reuniones de mujeres que esperaban su turno para adquirir alimentos sólo quedaron trozos de carne quemada, hacinamientos de cadáveres” (75).

Con el paso del tiempo, Délano recordará esta misma escena que quedó imborrable en su memoria: “No puedo olvidarme de que el primer avión que fue a bombardear Madrid llegó una noche, al filo de las cuatro de la madrugada. Nuestros nervios estaban tensos y me figuro que escasa gente continuó durmiendo. El runrún del motor cortaba téticamente el

Aunque en el prólogo Déllano advertía que no creía en la objetividad absoluta por más que pusiese todo su empeño en conseguirla, el tono de su escritura está marcado por la credibilidad que debe desprenderse de una experiencia vivida y, especialmente, por la veracidad que se otorga a algo visto por los propios ojos que, pese a todo, no puede ser, como él mismo reconoce respecto a la fotografía, completamente objetivo. Esa cualidad de testigo visual directo recorre el texto con expresiones como “me consta por lo que ví”, “esto lo ví en mi barrio”, “muchas veces me tocó ver”, etc., que acentúan la participación de Luis Enrique Déllano como actor de los acontecimientos²⁸. A veces, con las emociones a flor de piel y llevado por sensaciones desconocidas, el realismo descarnado de las situaciones vividas da como resultado sugerentes descripciones de un lirismo impresionista:

Verdaderamente, en la obscuridad del verano caluroso, durante las noches de ensayo, una suerte de pavor se extendía en las casas. De pronto un ruido cualquiera, el del ascensor, el de un camión lejano, nos hacía pensar en un ataque aéreo y nos asomábamos a las ventanas. Madrid era una mole oscura. La iluminación se había reducido a lo más indispensable. Desde algunas terrazas las lenguas de luz de grandes reflectores lamían el cielo intermitentemente. Los vehículos debían circular con los faros casi apagados. ¡Qué masa oscura! ¡Qué colección de sombra! (32).

La fuente primera que Déllano utiliza para su crónica es su propia experiencia, lo que confiere al texto un registro autobiográfico que se confunde de manera sutil con el nivel netamente informativo. Su participación como vecino de un edificio del barrio de Argüelles donde vive, sus trabajos consulares, sus preocupaciones privadas, sus correrías por la ciudad y sus amigos constituyen un factor fundamental de su crónica que se ve asaltada constantemente por el relato en primera persona:

Una noche el “churrero”²⁹ cambió bruscamente de hora. Eran las doce y estábamos terminando de cenar, cuando apareció en el cielo, con su luz roja y su rumor

aire de la noche con una resonancia que se volvía pavorosa. Se escucharon lejanos estampidos de bombas. En las ventanas oscuras aparecían rostros. Ya no se conservaba encendida la luz porque los paqueos habían, si no terminado del todo, disminuido mucho. Se oían las explosiones...” *Sobre todo Madrid*, pág. 105.

²⁸ O esta otra: “¡Qué terrible realidad estaba viendo yo! A ratos me preguntaba si no era que asistía a la exhibición de una película de Richard Dix. Sí, una película terrible de terror realismo, en la cual venía yo a ser como un extra expuesto a peligrosas contingencias”.

²⁹ Déllano explica en su libro el significado de “churrero”. Se daba este nombre al avión que en las primeras noches de la guerra sobrevolaba Madrid: “como venía cerca del amanecer,

de abejas en celo. Lanzó una bengala para iluminar el barrio y luego cayó la bomba, a trescientos metros de mi casa, con un estampido feroz. Tembló la casa, se estremecieron los cristales y por un momento la inquietud se alojó en los corazones. En medio de la obscuridad profunda bajé al sótano, con mi mujer y mi hijo. Ya había otras personas abajo. Las madres venían alarmadas, llevando a sus hijos en brazos. Algunos vecinos bajaban en pijama. Salí a la puerta, donde ya había corrillos de gentes que comentaban en voz alta las cosas (33).

La crónica también se alimenta y se impregna de los procedimientos propios de la prensa y la radio, que eran las fuentes habituales en la época como vehículos de información, sin olvidar el testimonio espontáneo y directo de vecinos y amigos que verbalmente le transmitían datos. El cronista, como todos los habitantes de Madrid, está pendiente de las noticias que dan cuenta de la marcha de las operaciones y la situación de la guerra en el resto de la Península, y saca sus propias conclusiones después de escuchar a unos y otros. Contagiado del modo de difusión radiofónico tan imprescindible en el momento, en algún pasaje de su crónica Délano introduce un registro vivo y entrecortado para reproducir, como la voz de un locutor, la noticia instantánea y variada de la radio:

Así íbamos sabiendo las cosas: la U.G.T. ha declarado la huelga general para todas las ciudades donde dominen los generales facciosos... Sanjurjo, que se embarcó para España a dirigir la rebelión, ha muerto carbonizado en un accidente de aviación (Dios castiga, pero no da palos, dijo una vecina). El Gobierno recibe innumerables adhesiones, con motivo de la rebelión militar... Se ha destituido a varios empleados del Ministerio de la Guerra, que estaban de acuerdo con los generales rebeldes... En Barcelona las fuerzas del pueblo han vencido, después de una lucha tremenda en las calles, una lucha que ha durado más de 48 horas, al ejército sublevado... El pueblo acude en masa a enrolarse en el ejército popular que se está creando para ir a la Sierra de Guadarrama a combatir a las tropas rebeldes, que vienen desde Ávila y Segovia... En España entera el proletariado se ha levantado y se ha puesto al lado de su Gobierno en la lucha sin cuartel que se ha entablado (18).

Su discurso se enriquece también con anécdotas relativas a las distintas fuentes que utiliza y que le permiten la inclusión de diálogos que transcriben la idiosincrasia de distintos estratos sociales madrileños a través de su habla. De este modo, la

a la misma hora en que salen a la calle los fabricantes de churros, se le llamó el churrero. Se oía el ruido del motor y las mujeres exclamaban riendo: -¡Uy que miedo! Ya está ahí el churrero” (pág. 33).

crónica de Luis Enrique Délano no solo informa sobre el desarrollo de la guerra, sino que permite encontrarle el pulso a la sociedad madrileña, en la que tan intensamente él se había integrado durante tres años.

Cuando la escribe, sintiendo ya la cercanía de su patria a través del mar, algunos hechos singularmente vividos impresionan su espíritu de manera especial y le hacen recordar algunas facetas de la vida chilena³⁰ y, aunque ya prepara el ánimo para su reencuentro con Chile, todavía se siente identificado con la realidad española y desgarrado por su separación, pues le parece “que una parte de uno se quedaba también en la España, en la heroica España, que sabe reír en los días claros de jardines y cantos y sabe también sufrir en la hora de prueba, en la hora de amargura y dolor”.

Con el tiempo, Luis Enrique Délano valorará su participación en la Guerra Civil española como una experiencia que, sin dejar de ser política, alcanzó a lo más profundo de su existencia, pues significó una interrupción en su vida que marcó para siempre su destino. La guerra le dejó proyectos desbaratados, trabajos inacabados, que lejos de amilanarlo, ejerció grandes transformaciones en su espíritu y le ofreció elementos para orientar su vida en un sentido claro y definitivo:

España fue en esos años pobres y felices que viví dentro de su ámbito, una lección permanente, lección de cosas y, sobre todo, de hombres, que la guerra

³⁰ Distingue, por ejemplo al anarquista español del chileno porque aquel “es un hombre muy curioso que al idealismo desenfrenado de sus teorías une un realismo también exagerado en lo que pudiéramos llamar sus técnicas de combate”, mientras que los anarquistas chilenos que trató hacia 1920 eran “los hombres de más pura condición moral que he conocido: Manuel Rojas, González Vera, Juan Gandulfo, Germán Baltra...” (22).

En otro lugar reflexiona sobre la actitud de repulsa de los intelectuales españoles ante la adhesión de Unamuno a los militares fascistas, para concluir, quizás guiado por su mucho amor a España, que la actitud que tomarían los intelectuales chilenos sería bien distinta.

También observa perplejo la falta de apoyo de los chilenos al pueblo español, hasta que su llegada a Chile le saca de su error, cuando es informado de que ya se había creado un Comité Pro España y que los escritores habían firmado un manifiesto en la publicación *Onda Corta*.

Especialmente poética es la descripción de un ataque aéreo en asociación con la naturaleza chilena: “De pronto los aviones descendieron apresuradamente, casi en línea vertical y empezaron a oírse detonaciones y pequeñas explosiones de bombas. Era algo cruel y abusivo el modo de los pájaros enemigos de lanzarse contra los aparatos ocultos. Recordé que en el campo chileno suele verse el tiuque cuando se deja caer sobre un indefenso polluelo. Algo parecido, algo cruel, fatal, inevitable” (op. cit., pág. 78).

interrumpió en 1936. Desde entonces no me abandona la sensación de que algo quedó inconcluso. Quizás el inconcluso sea yo mismo.

Pero la guerra –cuyos primeros efectos sufrí como todos los habitantes de Madrid– contribuyó por otra parte a desarrollar en mí la capacidad de sublevarme contra la injusticia y de expresar de algún modo esa indignación; me ayudó como pocos hechos a formarme y hasta diría yo que fue determinante en mi vida, porque me dio algo que antes no tenía, que solo vagamente avizoraba: un camino”³¹.

El compromiso de los cronistas chilenos con la República fue claro y manifiesto; todos compartían la esperanza que había generado la República en el contexto internacional como modelo de la lucha contra el fascismo. Pero el espíritu de solidaridad de las crónicas supera la causa política y lo que ella representaba para entrar en el lado más humano de la guerra. Hay factores que no pasaron desapercibidos a ninguno de los escritores mencionados, como es la trágica situación en la que quedaban los niños, la actitud combativa y heroica de las mujeres, el papel primordial del pueblo como motor de los hechos, la actuación de ese pueblo que luchaba por su dignidad como máximo defensor de la cultura y, sobre todo, su actitud serena ante la muerte que los acechaba a diario. No hay más que recordar actuaciones como la donación que hizo Huidobro de su premio *España* a los niños españoles; que una de las preocupaciones que asaltaban a Edwards era la atrocidad de la muerte infantil y el desamparo en que quedaban los niños huérfanos; que Alberto Romero, hondamente impresionado por la esperanza y el entusiasmo de unos niños pioneros en la creación de una España nueva, tituló su libro, “España está un poco mal”, que no es más que la frase que él escuchó a uno de esos niños acerca de la situación de su país en guerra.

La vivencia de la guerra no dejó impasible a los escritores que filtraron en sus crónicas sus propias experiencias, sus anhelos y sus temores, de manera que lo personal y lo autobiográfico adquiere un papel tan relevante como la descripción o la información sobre los acontecimientos: unas veces identificados con la causa política y otras con el pueblo madrileño o ambas cosas al mismo tiempo, pero todos suelen volcar sus emociones más profundas en sus crónicas.

³¹ Luis Enrique Délano, *Sobre todo Madrid*, ed. cit., pág. 9.

Su hijo Poli Délano, nacido en España al comenzar la guerra, escribía respecto a la huella que la Guerra Civil española dejó en su padre: “La cruda realidad española había cambiado su visión del mundo, le había despertado la conciencia social, impulsándolo a la militancia política. Desde entonces su literatura se vio marcada por un realismo social que escudriñaba las realidades oscuras en que se desarrollaba la vida en nuestro país” (En “La narrativa policial de Luis Enrique Délano”, <http://www.letrasdechile.cl/polin.htm>).

El conocimiento previo de la realidad española, la familiaridad con el escenario físico y humano adquirida en viajes anteriores a la guerra —a excepción de Alberto Romero— hacía del conflicto algo cercano y casi personal que les implicaba directamente. Romero, el único para quien el ambiente era desconocido, el impacto que le produjo la inmersión de lleno en una España en guerra fue convulsivo y revelador y revirtió en una catarsis personal. No menos importante fue el choque de la guerra para Luis Enrique Délano quien, siendo todavía muy joven —el más joven de todos estos cronistas— experimentó en carne propia cambios sustanciales en la vida española que, como se acaba de mencionar, le dejaron para siempre una huella imborrable. De una manera o de otra se creó en todos un vínculo emocional con España y sobre todo con Madrid.

La Guerra Civil no solo los afectó en diferente medida como personas, sino que también tocó a su escritura. Al menos a un sesgo de su escritura sensibilizada con lo que se podría llamar una estética de la guerra, desarrollada en aquel momento preciso por corresponsales y cronistas para dar cuenta de la manera más eficaz de los desastres de aquella guerra. Una estética que no duda en incorporar los recursos necesarios para dar testimonio fehaciente de los ataques aéreos sobre Madrid o las ráfagas de los fuegos de artillería, y también los paisajes desolados y de apariencia surrealista de los edificios, calles y plazas de una ciudad en ruinas, y para recordar, en última instancia, que Madrid era el eje central de la destrucción, el sufrimiento, el horror y la muerte.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Binns, Niall, *La llamada de España: escritores extranjeros en la Guerra Civil*. Barcelona: Montesinos, 2004.
- Délano, Luis Enrique, *Cuatro meses de guerra civil en Madrid*, s. l. Ed. Panorama, 1937.
- *Aprendiz de escritor*. Santiago: Ed. Pluma y Papel, s.f.
- *Sobre todo Madrid*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1969.
- Délano, Polí, “La narrativa policial de Luis Enrique Délano”, <http://www.lettrasdechile.cl/polin.htm>
- Edwards Bello, Joaquín, *Corresponsal de Guerra. Guerra Civil Española. Segunda Guerra Mundial. Crónicas (1923-1946)*. Selección de Alfonso Calderón. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1981, 359 p.
- Huidobro, Vicente, *Textos inéditos y dispersos*. Recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente A. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1993.
- Martínez, Juana, “Chilenos en Madrid: Joaquín Edwards Bello”, en *Anales de Literatura Chilena* 4 (diciembre 2003): 73-91.

Mistral, Gabriela, “Recado sobre el mar y sobre un contador del mar”, *El Mercurio* (Santiago de Chile, 8 de septiembre de 1935). Reproducido en Luis Enrique Délano, *Aprendiz de escritor*. Santiago: Ed. Pluma y Papel, s.f., pág. 138.

Morla Lynch, Carlos, *En España con Federico García Lorca (Páginas de un diario íntimo 1928-1936)*. Madrid: Aguilar, 1958.

Romero, Alberto. *España está un poco mal*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1938.

RESUMEN / ABSTRACT

Joaquín Edwards Bello, Vicente Huidobro, Alberto Romero y Luis Enrique Délano coincidieron los cuatro en escribir crónicas sobre la Guerra Civil española. Mientras que Edwards las escribe desde Chile, sin ser testigo de vista, pero con un gran conocimiento de la realidad española que le autoriza para analizar la contienda, los demás son testigos presenciales de algún momento de la guerra en Madrid. Escritas desde el compromiso con la República española, sus crónicas no solo informan sobre los acontecimientos vividos directamente sino que también dejan traslucir sus emociones, cargando sus páginas de implicaciones autobiográficas. Las experiencias personales con la guerra acabaron por crear lazos afectivos entre los escritores y la ciudad de Madrid que, en distinto grado y de forma diferente, afectaron su vida y su escritura.

PALABRAS CLAVE: Escritores chilenos en Madrid, crónica, guerra civil española, Joaquín Edwards Bello (1887-1968), Vicente Huidobro (1893-1948), Alberto Romero (1896-1981), Luis Enrique Délano (1907-1985).

Chileans in madrid. Cronichlers of the spanish civil war (Edwards bello, Huidobro, Romero, and Délano)

Joaquín Edwards Bello, Vicente Huidobro, Alberto Romero, and Luis Enrique Délano all wrote chronicles on the Spanish Civil War. Whereas Edwards Bello wrote about the conflict from Chile, without any direct contact with the war—though his deep knowledge of Spain endows his particular account with interpretive authority—, the other three were direct eye witnesses of particular instances of the war in Madrid. As supporters of the Spanish Republic, their chronicles not only inform on the events they were witnessing but express as well the brimming emotion that charges their texts with autobiographical implications. These writers' personal experience of the war strengthened their bonds with the city of Madrid., thereby influencing their lives and their writing in different ways and to varying extents.

KEY WORDS: *Chilean writers in Madrid, chronicle, Spanish Civil War, Joaquín Edwards Bello (1887-1968), Vicente Huidobro (1893-1948), Alberto Romero (1896-1981), Luis Enrique Délano (1907-1985).*

filoiv@filol.ucm.es

Recibido el 2 de julio de 2007

Aprobado el 30 de agosto de 2007